Las amplias posibilidades del vuelo

Aline Pettersson

Y *o también hablo de* sor Juana, aunque quisiera pensar que no se trata de oportunismo, sino de oportunidad, porque efemérides o no, sor Juana ha sido una figura importante desde mi formación más temprana. Aunque aquí sólo pueda hablar a partir de mi gozosa lectura y de la reflexión que la posición de la poeta frente al mundo me han suscitado a lo largo de mi propia vida. No poseo herramientas académicas, sólo unos cuantos comentarios que sus letras, y por medio de ellas, su persona, me sugieren.

Mucho se ha discutido en los últimos tiempos acerca de la pertinencia o no de incorporar los datos de la biografía del autor en la aproximación a la lectura de los textos. Siempre existe en el lector una curiosidad morbosa, y en el caso de sor Juana, con cierta razón, dadas las oscuridades que la rodean. Es mi opinión que de forma inevitable, más conscientes o menos, se cuelan las obsesiones personales. ¿Por qué un tema y no el otro? ¿Por qué una forma y no la otra? Sin embargo, también existe el tiempo histórico, los tópicos, los tonos y la retórica de la época. Y en el caso del siglo XVII, muchas veces las formas dejan sentir su peso sobre las razones personales. Su gran peso, sí, pero es claro que no anulan el decir individual como tampoco, el genio.

Una vez anotado esto, creo que, después de todo, la vida de cualquier ser humano es, vista con distancia, insignificante. Hay quienes sobreviven en la memoria a su tiempo y quienes no. Y con lo que nosotros contamos, es con la palabra escrita de la monja. Y a través de ésta, con sus inquietudes, sus tropiezos, su inteligencia, además de los retratos que nos muestran su aspecto hermoso. Pero finalmente, en las letras lo que cuenta son las letras.

Sor Juana vive la agonía de cierta retórica impresa con sangre. Vive (porque en un sentido es de quienes se adelantan a su tiempo) los albores de un modo de pensar que va a fincarse en las luces de la razón. Pero hay algo en los ires y venires del pensamiento humano que le dan forma espiral. Es obvio que nunca se llega, como en el círculo, al punto de contacto perfecto. No obstante, se da un eterno retorno.

La capacidad de abstracción es característica del hombre (en este caso de la mujer), así como la lucha siempre perdida por hallar la verdad, porque ésta es elusiva, y acaba por no ser aprehendida nunca. Pues sabemos, por ejemplo, que mientras más seguro se está de ella, un accidente viene a echar por tierra la hipótesis mejor plantada. Lo que sí es más que obvio es que la mente está imbuida de curiosidad y busca, busca siempre la sabiduría que desembocará en

Aline Pettersson. Escritora. Ha publicado, entre otros libros, *Punto de partida*, *Los colores ocultos* y *Querida familia*.

juegos inasibles de la inteligencia o en descubrimientos de orden más concreto. Es como si ésta (la inteligencia) estuviera enferma del mal de San Vito que le impide permanecer quieta.

Pero, además, para complicar las cosas, el ser humano tiene miedo de sus propias capacidades y se aprisiona en normas, interdictos para manejarse. Para homogeneizar el discurso, es decir, para neutralizar la disidencia. Las amplias posibilidades del vuelo. Leonardo se convirtió en criminal para su tiempo por su deseo de conocer la anatomía humana. Nos es casi impensable imaginar que haya tenido que recurrir al mercado negro de cadáveres, por ejemplo. Ya que de su delito lo que llega hasta nosotros son sus maravillosos estudios sobre el cuerpo.

Durante siglos la presencia ominosa de la Inquisición veló por el oscurecimiento de los hallazgos y reflexión de la inventiva del hombre. (Después otras instancias se han encargado de lo mismo). Y regresando a sor Juana, su búsqueda fue abriendo el prisma de posibilidades a las que la lucidez de su inteligencia, sus inquietudes intelectuales y su propio conocimiento la conducían.

Dice Octavio Paz que al vivir excéntrica (¿cuántas veces excéntrica dada su idiosincrasia, su reclusión, su vivir en los dominios del otro lado del mar, y para mayor abundancia, en los dominios españoles rezagados de los adelantos que se perfilaban en otros países de Europa?), la monja tuvo noticias de muchas cosas por comentarios de libros que no conoció directamente. No todo lo que se sabía en el mundo llegó a sus oídos. Es decir, que no sólo las oscuridades propias de su tiempo, sino que el encierro a tantas leguas marinas de distancia le impidieron tener acceso a una mayor nitidez científica.

A tres siglos de su muerte, un tipo de mentalidad como la suya es muy sugestiva. Vivimos, hoy en día, en la fragmentación del conocimiento. Se sabe cada vez más de cada vez menos. La ciencia ha decidido divorciarse de la filosofía, de la búsqueda de la verdad en otro sitio no mensurable por la complejidad del aparato de investigación científica. Yo pienso que a sor Juana hubiera entristecido mucho este divorcio: aborto de la inteligencia. Porque para ella, consciente de sus limitaciones humanas, tan dignos de estudio eran los astros y su misterio como los ejercicios de la mente que despliega sus capacidades de sutileza. Si la lectura de los experimentos ópticos de Kircher la sedujo, igualmente encontraba deleite en otro fenómeno de la física: el eco:

Aire
El Aire os rinda, de su Esfera, graves
Música
Aves,
Aire
y, repitiendo en los troncos huecos,
Música
Ecos,
Aire
que den, a militares instrumentos,
Música
Alientos;
Aire
y porque seáis, del Mundo, conocido,
Música
Sonido.

Y más allá del ingenio desbordado en finezas retóricas, se perfila el reto al que la claridad de su pensamiento claro la impulsaba. La mente de sor Juana ardía en la hoguera de la persecución del saber. Brasa viva quemándose en los laberintos desplegados frente a ella.

A través de su propio brillo siguió su impulso para experimentar con las palabras y con los conceptos como quien experimenta con células en un laboratorio. Ahora a más de tres centurias de distancia, consumado el triste divorcio, es difícil visualizarla: amante simultánea de las matemáticas, la física, la música, y la armonía de las ideas, *silogismos de colores*, entramados en las hebras del lenguaje.

El positivismo nos heredó una verdad más que parcial. Ahí se pretende encasillarlo todo. Y no es que yo proponga (¿cómo podría?) demeritar los logros de la ciencia, sin embargo, en el pensamiento de la monja cabían al mismo tiempo, por ejemplo, astrología y astronomía: *Sílabas* (que) *las estrellas compongan*. Las cosas del mundo eran emblemas infinitos que se reflejaban unos en otros ampliando el conocimiento.

Tal vez ahora se asome más de una sonrisa condescendiente, pero a fines de este milenio, la gente sigue buscando sin conformarse con lo reductor de ciertas respuestas. La ciencia ha perdido, pese a su peso, el poder de seducción. Se ha mostrado incapaz de cumplir sus utópicas promesas, y los no iniciados prosiguen a la caza de respuestas que justifiquen la *diuturna enfermedad de la esperanza*.Δ